

Carta de Ramiro Pampols a Miquel

Terrassa, 4 de Junio, 1988

Queridos Miquel e Isidoro:

El paro da, entre otras cosas, que Isidoro y yo hemos experimentado en carne propia, algún tiempo más que aprovecho para escribiros.

Me animo a hacerlo con la esperanza de que se entienda por qué hasta ahora no lo hice.

Me refiero en especial, al tema teológico que planteais. De entrada tengo que reconocer que no estoy al día en esta materia (como en tantas otras) y vivo de una renta bastante exigua.

En segundo lugar, y para mí esta razón me pesa más, no me siento atraído, "provocado" o como prefirais decirlo, por el tema de vuestras cartas, en los términos que lo planteais.

En cambio sí me preocupa "el acceso al Padre por la vía no religiosa" en expresión de un compañero cura obrero francés, como ya lo he dado a entender en más de un escrito.

Vuestro planteamiento me resulta tan racionalista como el mío y por esto, a la vez que lo entiendo, no me motiva... Necesitaría otros términos, otra sensibilidad teológica, una forma muy concreta de partir de la realidad de nuestros compañeros de trabajo, que me hiciera ver que mi nueva manera de entender y expresar la fe les dice algo a su propia sensibilidad, da un mayor sentido a su militancia, explícita de alguna manera su peculiar vivencia interior, sus dudas (no tanto las mías), sus preguntas apenas articuladas, sus inquietudes "religiosas" agresivas o reprimidas.

Vuestra preocupación teológica, en cambio, me parece demasiado "montada sobre sí misma" -enslismada-, sin otras referencias históricas concretas que algunos pesos pesados teológicos que nada tienen que ver en sus inquietudes profundas con el ser y el sentir del mundo del trabajo, de sus luchas, de sus pequeñas o medianas utopías a punto de desaparecer...

Respeto, y no como quien perdona la vida, vuestras preocupaciones teológicas, que por ser ilustradas (en el sentido positivo de Ramiro Reig) tienen un gran valor y merecen mil veces más la

pena que el desdén posmoderno por estas cuestiones.

Aunque me atreveré a añadir tímidamente que parece ser que las corrientes teológicas actuales van por otros derroteros, o al menos discurren también por otros cauces diferentes a los que os inquietan a vosotros.

Pero no es éste mi ámbito vital, ni mi horizonte de creyente que busca hacerse entender por la gente que vive y trabaja donde nosotros vivimos y trabajamos, aunque me duela algo allá dentro, en mi interior más oculto, como persona que en otro tiempo se medio profesionalizó en estas lides teológicas.

Esta actitud mía no es, creo yo, ni desprecio ni menosprecio por estas cuestiones que debieran -eso sí- inquietar seriamente a nuestros teólogos más cercanos y no tan cercanos.

Pero entiendo que no por eso estoy obligado a estar en la misma página. Pienso que tiene mucho más sentido que quien se sienta interpelado en M.O. por este tipo de interrogantes haga el esfuerzo de aportar su propia perspectiva.

No nos reportaría demasiado provecho, tal vez, un "fuego cruzado" de cartas y réplicas entre nosotros, con el simple fin de decirnos que hemos establecido un buen debate o que tal respuesta ha supuesto un buen revolcón.

Creo que al poco tiempo de seguir esta dinámica acabaríamos todos un poco cansados, sino disgustados.

HAY UN SEGUNDO RETO en vuestras cartas que sí me preocupa igual que a vosotros o de forma parecida. Es la fidelidad a nuestras raíces, tomando el símil de los P.O. italianos (en algo se ha de notar que uno va a los Encuentros internacionales, ¿no?)

Esta voluntad de encarnación y permanencia en la clase obrera o en el pueblo, yo lo siento como una especie de carisma personal. Por esto me desconciertan algunos procesos que se han dado entre nosotros y que yo he calificado con cierta severidad.

Sin embargo, con el paso de los años, voy valorando más otros aspectos de la fidelidad y la militancia más amplios que los míos propios. Hay procesos personales que van en la dirección de una entrega a los más pobres, no sólo a los obreros del mundo industrial, y con un estilo concientizador y de apoyo a situaciones de cambio de las estructuras sociales, que tienen, sin duda, no sólo un gran sentido político, sino una fidelidad a la llamada interior del Espíritu.

Me impresionó, desde la primera vez que lo escuché, la postura de Oscar Romero con sus campesinos: Cuando iban a visitarle para comunicarle cualquier iniciativa les animaba siempre a llevarla adelante y añadía: "De aquí a un tiempo vienes de nuevo a decirme cómo te fué".

Es a la vez, el respeto a la llamada personal y la confrontación con quien representa la comunidad de creyentes. Me pareció una buena síntesis a tener en cuenta cuando voy de juez por la vida...

UN TERCER TEMA complejo y delicado es el asunto de Euzkadi. Yo al menos lo vivo con una buena dosis de tensión interior. Reconozco, por un lado, las aspiraciones más nobles y legítimas de un pueblo que pretende ser él mismo. Temo, por otra parte, su lenta deshumanización (e incluso obcecación) si los medios -lo los fines!- que persiguen sus vanguardias no están profundamente impregnados de humanidad.

Esto queda relativamente fácil de decir. La realidad es, sin duda, mucho más compleja: estamos no sólo desinformados sino contrainformados, en aspectos que podrían aclarar muchas cosas.

Sin embargo, otras dimensiones creo cap-

tarlas con suficiente claridad. Por aludir a un sólo caso, el asunto Yoyes es bastante estremecedor.

Y una cosa es la nostalgia por un cambio político que no fué y que no supimos hacer entre todos y otra aliviarse secretamente con un intento más o menos lúcido o desesperado de llevarlo a cabo en un sitio muy determinado. Mi experiencia dolorosa de la fábrica me da a entender que, a la larga, lo que se logra sin que la gente lo asuma en profundidad y con convicción, se degrada y divide al colectivo irremediablemente.

Acerca de nuestra receptividad en torno al problema euzkaldun, creo que en todos estos años hemos sido enormemente respetuosos y acogedores de la información que se nos brindaba, hasta el punto de no atrevernos en ocasiones, a establecer un debate que hubiera sido más ajustado a nuestros puntos de vista personales.

Un abrazo.

Ramiro

PS. Una carta-respuesta es siempre una especie de arma arrojada que no tiene en cuenta la carga de sufrimiento y la situación personal de quien expresa en primer lugar su estado de ánimo (no sólo sus dudas teológicas) como habeis hecho vosotros con absoluta honestidad.

Por esta razón os la mando exclusivamente a vosotros dos para que decidais si merece la pena darla a conocer.